

Que llevo la estatua yo
Del conde de Vasconcelos.
¿Pues qué enigma es darme pié
La que su mano me ha dado?
Si solo el Conde es amado,
¿Qué es lo que espero? ¿Qué sé?
Pié ó mano, decid, ¿por qué
Dais materia á mis desvelos?
Confusion, amor, recelos,
¿Soy amado? Pero no,
Que llevo la estatua yo
Del conde de Vasconcelos.
El pié que me dió, será
Pié para darla lición,
En que escriba la pasion
Que el Conde y su amor la da.
Vergüenza, sufrí y callá;
Bajad ya, atrevidos vuelos,
Vuestra ambicion, si á los cielos
Mi desatino os subió;
Que llevo la estatua yo
Del conde de Vasconcelos.

ACTO TERCERO.

Sala de una casa de labrador.

ESCENA PRIMERA.

LAURO; RUY LORENZO, de pastor.

RUY.
Si la edad y la prudencia
Ofrece en la adversidad,
Lauro discreto, paciencia;
Vuestra prudencia y edad
Pueden hacer la experiencia.
Dejad el llanto prolijo;
Que si vuestro ausente hijo
Es causa que lloreis tanto,
El convertirá ese llanto
Brevemente en regocijo.
Su virtud misma procura
Honrar vuestra senectud,
Y hacer su dicha segura;
Que siempre fué la virtud
Principio de la ventura;
Y pues la tiene por madre,
No es bien que ese llanto os cuadre.

LAURO.
Eso mis males lo vedan,
Porque los hijos heredan
Las desdichas de su padre.
No le he dejado otra herencia
Si no es la desdicha mia,
Que era el muro que tenia
Mi vejez.

RUY.
¿Esa es prudencia?
Si por trabajos un hombre
Es bien que lllore y se asombre,
¿Quién los tiene mas que yo,
A quien el cielo quitó
Honra, patria, hacienda y nombre?
Un hijo solo perdeis,
Aunque no en las esperanzas
Que de gozalle teneis;
Pero yo con las mudanzas,
Que de mi vida sabeis,
¿Cuándo veré que el furor
Del tiempo y de su rigor
Dejará de hacerme ultraje,
Despreciado en este traje,
Y con nombre de traidor?
Consoladme vos á mi,
Pues es mas lo que perdí.

LAURO.
¿Mas que un hijo habeis perdido?
RUY.
El honor ¿no es preferido
A la vida y hijos?

LAURO.
Si.
RUY.
Pues si no tengo esperanza
De dar á mi honor remedio,
Mas pierdo.

LAURO.
En una venganza
No es bien que se tome medio,
Deshonrado: el que la alcanza
Con medios que injustos son,
Cuando mas vengarse intenta,
Queda con mayor afrenta,
Dando color de traicion;
Porque ese color presenta (1)
El contrahacer firma y sello
Del Duque para matar
Al Conde, pudiendo hacello
De otro modo, y no manchar
Vuestro honor por socorrello.
Y pues parece castigo
El que os dá el tiempo enemigo,
Justo es que estéis consolado,
Pues padeceis por culpado;
Pero lo que usa conmigo
Mi desdicha, es diferente;
Pues aunque no lo merezco,
Me castiga.

RUY.
Un hijo ausente
No es gran daño.

LAURO.
El que padezco
Tantos años inocente,
Os diré, si los ajenos
Daños hacen que sean ménos
Los propios males.

RUY.
No son
De aquesa falsa opinion
Los generosos y buenos;
Porque el prudente y discreto
Siente el daño ajeno tanto
Como el propio.

LAURO.
Si secreto
Me guardais, diráos mi llanto
Su historia.

RUY.
Yo os le prometo;
Mas llorar un hijo ausente
Un hombre, es mucha flaqueza.

LAURO.
Pierdo, con perdelle, mucho.

RUY.
¿Qué mas extremos hicieras,
A tener tú mis desdichas?

LAURO.
¿Ay Dios! Si quien soy supieras,
¿Cómo todas tus desgracias
Las juzgaras por pequeñas!

RUY.
Ese enigma me declara.

LAURO.
Pues con ese traje quedas
En el lugar de mi hijo,
Escucha mi suerte adversa.
Yo, Ruy Lorenzo, no soy
Hijo destas asperezas,
Ni el traje que toso ves,
Es mi natural herencia:
No es de Lauro mi apellido,
Ni mi patria aquesta sierra,
Ni jamas mi sangre noble
Supo cultivar la tierra.
Don Pedro de Portugal
Me llaman, y de la cepa
De los reyes lusitanos
Desciendo por linea recta.
El rey Don Duarte fué

(1) Suplido.

LAURO.
Mi hermano, y el que ahora reina
Es mi sobrino.

RUY.
¿Qué escucho?
Duque de Coimbra, deja
Que sellen tus piés mis labios,
Y que mis desdichas tengan
Fin, pues con las tuyas son
O ningunas ó pequeñas.

LAURO.
Alza del suelo y escucha,
Si acaso tienes paciencia
Para saber los vaivenes
De la fortuna y su rueda.
Murió el rey de Portugal,
Mi hermano, en la primavera
De su juventud lozana;
Mas la muerte, ¿qué no seca?
De seis años dejó un hijo,
Que agora, ya hombre, intenta
Acabar mi vida y honra;
Y dejónos la tutela
Y el gobierno destos reinos
Solos á mi y á la reina.
Muerto el Rey, sobre el gobierno
Hubo algunas diferencias
Entre mi y la Reina viuda;
Porque jamas la soberbia
Supo admitir compañía
En el reinar, y las lenguas
De envidiosos lisonjeros
Siempre disensiones siembran.
Metiose el rey de Castilla
De por medio, porque era
La Reina su hermana: en fin,
Nuestros enojos concierta
Con que rija en Portugal
La mitad del reino y tenga
En su poder al infante.
Vine en esta conveniencia;
Mas no por eso cesaron
Las envidias y sospechas,
Hasta alborotar el Reino
Asomos de armas y guerras.
Pero cesó el alboroto
Porque, aunque era moza y bella
La Reina, un mal repentino
Dió con su ambicion en tierra.
Murió en fin; gocé el gobierno
Portugues sin competencia,
Hasta que fué Alfonso quinto
De bastante edad y fuerzas.
Caséle con una hija
Que me dió el cielo, Isabela
Por nombre, aunque desdichada;
Pues ni la estima ni precia.
Juntáronse al Rey mozo
Mil lisonjeros, que cierran
A la verdad en palacio,
Como es costumbre, las puertas.
Entre ellos un mi enemigo,
De humilde naturaleza,
Vasco Fernandez por nombre,
Gozó la privanza excelsa:
Y queriendo derribarme
Para asegurarse en ella,
A mi propio hermano induce,
Y para engañarle, ordena
Hacerle entender que quiero
Levantarme con sus tierras,
Y combatirle á Berganza,
Siendo duque por mi della.
Creyólo, y ambos á dos
Al nuevo Rey aconsejan,
Si quiere gozar seguro
Sus Estados, que me prenda;
Para lo cual alegaban,
Que di la muerte con yerbas
A Doña Leonor su madre,
Y que con traiciones nuevas
Quitalle intentaba el reino,

RUY.
Notables son los sucesos
Que en el mundo representa
El tiempo caduco y loco,
Autor de tantas tragedias.
La tuya, famoso Duque,
Hace que olvide mis penas;
Mas yo espero en Dios que presto
Dará fortuna la vuelta.
Bien claras señales daba
De tu hijo la presencia;
Que cual ceniza el sayal
Las llamas de su nobleza
Encubria: quisiera el cielo
Que rico y próspero vuelva
A consolarte.

ESCENA II.

VASCO, BATO. — Dichos.

BATO.
Nueso amo,
Con cinco carros de leña
Vamos á Avero. ¿Manda algo
Para allá?

LAURO.
Bato, que vengas
Presto.

BATO.
¿No quiere mas?

EL VERGONZOSO EN PALACIO.

LAURO.
No.
BATO.
Pues yo sí, porque quisiera
Que á cuenta de mi soldada
Ocho veintenes me diera
Para una cofia de pinos,
Que me ha pedido Firela.

LAURO.
Ven por ellos.

BATO.
En mi tarja
Nueve rayas tengo hechas,
Porque otros cinco tostónes
Debo no mas.

LAURO.
¿Qué simpleza!
(Vanse Lauro y Bato.)

ESCENA III.

RUY LORENZO, VASCO.

VASCO.
¿No podría yo ir allá?
RUY.
No, Vasco amigo, si intentas
No perderte; que ya sabes
Nuestro peligro y afrenta.

VASCO.
¿Hasta cuándo quieres que ande
En esta vida grosera,
De mis calzas desterrado?
Vuélveme, señor, á ellas,
Y librame de un mastin
Que anoche desde la puerta
De Melisa me llevó
Dos cuarterones de pierna.

RUY.
¿Pues qué hacias tú de noche
A su puerta?
VASCO.
Hay cosas nuevas.
Si aquí es el amor quillotro,
Quillotrado estoy por ella:
Hizome ayer un favor
En el valle.

RUY.
¿Y fué?
VASCO.
Que tiesa
Me dió un pellizco en un brazo,
Terrible, y me hizo señas
Con el ojo zurdo.

RUY.
¿Y ese
Es buen favor?
VASCO.
¿Linda flema!
Ansí se imprime el carácter
Del amor en las aldeas.
(Vanse.)

Salon en el palacio.

ESCENA IV.

MIRENO, TARSO.

TARSO.
¿Mas muestras quieres que dé,
Que decirte: «Al cortesano
Le dan, al dalle la mano,
Para muchas cosas pié?»
¿Puede decirlo mas claro
Una mujer principal?
¿Qué aguardabas, pesé á tal,
Amante corto y avaro
(Que ya te daré este nombre),
Pues no te osas atrever?
¿Esperas que la mujer
Haga el oficio del hombre?

MIRENO.
Ya, Brito, conozco y veo
Que amor que es mudo, no es cuerdo;
Pero si por hablar pierdo
Lo que callando poseo,
Y agora con mi privanza
Y imaginar que me tiene
Amor, vive y se entretiene
Mi incierta y loca esperanza,
Y declarando mi amor,
Tengo de ver en mi daño

¿En qué especie de animales
No es la hembra festejada,
Perseguida y paseada
Con amorosas señales?
A sollicitalla empieza:
Que lo demas, es querer
El orden sabio romper
Que puso naturaleza.
Habla; no pierdas por mudo
Tal mujer y tal estado.

MIRENO.
Un laberinto intrincado
Es, Tarso, el que temo y dudo:
No puedo determinarme,
Que me prefieran los cielos
Al Conde de Vasconcelos:
Pues llegando á compararme
Con él, sé que es gran señor,
Mozo, discreto, heredero
De Berganza; y desespero,
Viéndome humilde pastor,
Rama vil de un tronco pobre,
Y que tan noble mujer
No es posible quiera hacer
Mas favor que al oro, al cobre.
Mas despues el aficion
Con que me honra y favorece,
Las mercedes que me ofrece,
Su afable conversacion,
El suspenderse, el mirar,
Los enigmas y rodeos
Con que explica sus deseos,
El fingir un tropezar
(Si es que fué fingido), el darme
La mano, con la razon
Que me tiene en confusion,
Se juntan para animarme;
Y entre esperanza y temor,
Como ya, Brito, me abraso,
Llego á hablalla, tengo el paso;
Tira el miedo, impele amor;
Y cuando mas me provoca
Y á hablalla el alma comienza,
Enojada la vergüenza
Llega y tápame la boca.

TARSO.
¿Vergüenza? ¿Tal dice un hombre?
¿Vive Dios, que estoy corrido
Con razon de haberte oido
Tal necedad! No te asombre
Que así llame á tu temor,
Por no llamarle locura.
¿Miren aquí qué criatura,
O qué doncella Teodor,
Para que con este espacio
Diga que vergüenza tiene!
No sé yo para qué viene
El vergonzoso á palacio,
Amor vergonzoso y mudo
Medrará poco, señor,
Que á tener vergüenza amor,
No le pintaran desnudo.
No hayas miedo que se ofenda
Cuando digas tus antojos:
Vendados tiene los ojos;
Pero la boca sin venda.
Habla, ó yo se lo diré;
Porque si callas, es llano
Que quien te dió pié en la mano,
Tiene de dejarte á pié.

MIRENO.
Ya, Brito, conozco y veo
Que amor que es mudo, no es cuerdo;
Pero si por hablar pierdo
Lo que callando poseo,
Y agora con mi privanza
Y imaginar que me tiene
Amor, vive y se entretiene
Mi incierta y loca esperanza,
Y declarando mi amor,
Tengo de ver en mi daño

El castigo y desengaño,
¿Qué espero de su rigor?
¿No es mucho mas acertado,
Aunque la lengua sea muda,
Gozar un amor en duda,
Que un desden averiguado?
Mi vergüenza esto señala,
Esto intenta mi secreto.

TARSO.
Dijo una vez un discreto
Que en tres cosas era mala
La vergüenza y el temor.

MIRENO.

¿Y eran?

TARSO.
Escucha despacio:
En el púlpito, en palacio,
Y en decir uno su amor.
En palacio estás, los cielos
Te abren camino anchuroso;
No pierdas por vergonzoso.

MIRENO.
Si al conde de Vasconcelos
Ama, ¿cómo puede ser?

TARSO.

No lo creas.

MIRENO.

Si lo veo,

Y ella lo dice.

TARSO.

Es rodeo.

Y traza para saber
Si amas; á hablarla comienza,
Que, par Dios, si la perdemos,
Que al monte volver podemos
A segar.

MIRENO.

Si la vergüenza

Me da lugar, yo lo haré.

Aunque pierda vida y fama.

ESCENA V.

DOÑA JUANA.—DICHOS.

DOÑA JUANA.

Mirad, Don Dionis, que os llama

Mi señora...

MIRENO.

Luego irá.

TARSO.

Ánimo.

MIRENO. (Ap.)

¿Qué confusión

Me entorpece y acobarda?

DOÑA JUANA.

Venid presto, que os aguarda. (Vase.)

TARSO.

Desenvuelve el corazón:

Háblala, señor, despacio.

MIRENO.

Tiemblo, Brito.

TARSO.

Esto es forzoso.

Bien dicen que al vergonzoso

Le trujo el diablo á palacio.

—

Habitacion de Doña Magdalena.

ESCENA VI.

DOÑA MAGDALENA.

Ciego Dios, ¿qué os avergüenza

La cortedad de un temor?

¿De cuando acá, niño amor,

Sois hombre y teneis vergüenza?

¿Es posible que vivis

En Don Dionis, y que os llama

Su dios? Si: pues si me ama,

¿Cómo calla Don Dionis?

Decláreme sus enojos,

Pues callar un hombre es mengua;

Digame una vez su lengua

Lo que me dicen sus ojos.

Si teme mi calidad

Su bajo y humilde estado,

Bastante ocasion le ha dado

Mi atrevida libertad.

Ya le han dicho que le adoro

Mis ojos, aunque fué en vano:

La lengua al dalle la mano,

A costa de mi decoro,

Ya abrió el camino que pudo

Mi vergüenza: ciego infante,

Ya que me habeis dado amante,

¿Porqué me le entregais mudo?

Mas no me espanto lo sea,

Pues tanto amor me humilló;

Que aun diciéndoselo yo,

Podrá ser que no lo crea.

ESCENA VII.

DOÑA JUANA.—DOÑA MAGDALENA.

DOÑA JUANA.

Don Dionis, señora, viene

A darte licion. (Vase.)

DOÑA MAGDALENA.

A dar

Licion vendrá de callar,

Pues aun palabras no tiene.

De suerte me trata amor,

Que mi pena no consiente

Mas silencio; abiertamente

Le declararé mi amor

Contra el comun orden y uso;

Mas tiene de ser de modo,

Que diciéndoselo todo,

Le he de dejar mas confuso.

(Siéntase en una silla, y finge que duerme.)

ESCENA VIII.

MIRENO.—DOÑA MAGDALENA.

MIRENO.

¿Qué me manda Vuexcelencia?

¿Es hora de dar licion?

(Ap. Ya comienza el corazon

A temblar en su presencia.

Pues que calla, no me ha visto:

Sentada sobre la silla,

Con la mano en la mejilla

Está.)

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)

En vano me resisto:

Yo quiero dar á entenderme,

Como que dormida estoy.

MIRENO.

Don Dionis, señora, soy.—

No me responde. ¿Si duerme?

Durmiendo está. Atrevimiento,

Agora es tiempo; llegad

A contemplar la beldad

Que ofusca mi entendimiento.

Cerrados tiene los ojos,

Llegar puedo sin temor;

Que si son flechas de amor,

No me podrán dar enojos.

¿Hizo el autor soberano

De nuestra naturaleza

Mas acabada belleza?

Besarla quiero una mano.

¿Llegaré? Si; pero no,

Que es la reliquia divina,

Y mi humilde boca indina

De tocarla. Pero yo

Soy hombre y tiemblo! ¿Qué es esto?

Ánimo. ¿No duerme? Si.

(Llega, y se retira.)

Voy. ¿Si despierta? ¿Ay de mí!

Que el peligro es manifesto,

Y moriré si recuerda,

Hallándome deste modo:

Para no perderlo todo,

Bien es que esto poco pierda.

El temor al amor venza:

Afuera quiero esperar.

DOÑA MAGDALENA. (Ap.)

¿Que no se atrevió á llegar!

¿Mal haya tanta vergüenza!

MIRENO.

No parezco bien aquí

Solo, pues durmiendo está.

Yo me voy.

DOÑA MAGDALENA.

(Ap. ¿Que al fin se va?)

(Fingiéndole que habla dormida.)

Don Dionis...

MIRENO.

¿Llamóme? Si.

¿Qué presto que despertó!

Miren, ¿qué bueno quedara

Si mi intento ejecutara!

¿Está despierta? Mas no,

Que en sueños pienso que acierta

Mi esperanza entretenida;

Y quien me llama dormida,

No me quiere mal despierta.

¿Si acaso soñando está

En mí? ¿Ay cielos! ¿quién supiera

Lo que dice?

DOÑA MAGDALENA.

No os vais fuera;

Llegáos, Don Dionis, acá.

MIRENO.

Llegar me manda en su sueño.

¿Qué venturosa ocasion!

Obedecella es razon;

Pues aunque duerme, es mi dueño.

Amor, acabad de hablar;

No seaís corto.

DOÑA MAGDALENA.

Don Dionis,

Ya que á enseñarme venis

A un tiempo á escribir y amar

Al conde de Vasconcelos...

MIRENO.

¿Ay celos! ¿qué es lo que veis?

DOÑA MAGDALENA.

Quisiera ver si sabeis

Qué es amor y qué son celos:

Porque será cosa grave,

Que ignorante por vos quede,

Pues que ninguno otro puede

Enseñar lo que no sabe.

Decidme, ¿teneis amor?

¿De qué os poneis colorado?

¿Qué vergüenza os ha turbado?

Responded, dejá el temor;

Que el amor es un tributo

Y una deuda natural,

En cuantos viven, igual

Desde el ángel hasta el bruto.

Si esto es verdad, ¿para qué

Os avergonzais así?

¿Quereis bien?—Señora, si.—

¿Gracias á Dios, que os saqué

Una palabra siquiera!

MIRENO.

¿Hay sueño mas amoroso?

¿Oh mil veces venturoso,

Quien le escucha y considera!

Aunque tengo por mas cierto,

Que yo solamente soy

El que soñándolo estoy;

Que no debo estar despierto.

DOÑA MAGDALENA.

Y habeis dicho á vuestra dama

Vuestro amor?—No me he atrevido.—

¿Luego nunca lo ha sabido?—

Como el amor todo es llama,

Bien lo habrá echado de ver

Por los ojos lisonjeros,

Que son mudos pregoneros.—

La lengua tiene de hacer

Ese oficio; que no entiendo

Distintamente quien ama,

Esa lengua que se llama

Algarabía de allende.

No os ha dado ella ocasion

Para declararos?—Tanta,

Que mi cortedad me espanta.—

Hablad, que esa suspension

Hace á vuestro amor agravio.—

Temo perder por hablar,

Lo que gozo por callar.—

Eso es necedad; que un sabio

Al que calla y tiene amor,

Compara á un lienzo pintado

De Flándes, que está arrollado.

Poco medrará el pintor

Si los lienzos no descoge

Que al vulgo quiere vender,

Para que los pueda ver.

El palacio nunca acoge

La vergüenza: esa pintura

Desdoblada, pues que se vende;

Que el mal que nunca se entiende,

Difícilmente se cura.—

Si; mas la desigualdad

Que hay, señora, entre los dos,

Me acobarda.—Amor, ¿no es dios?—

Si señora.—Pues hablad;

Que sus absolutas leyes

Saben abatir monarcas,

E igualar con las abarcas

Las coronas de los reyes.

Yo os quiero ser medianera:

Decidme á mí á quien amais.—

No me atrevo.—¿Qué dudais?

¿Soy mala para tercera?—

No; pero temo, ¿ay de mí!—

¿Y si yo su nombre os doy?

¿Diréis si es ella, si soy

Yo acaso?—Señora, si.—

¿Acabara yo de hablar!

¿Mas que sé que os causa celos

El Conde de Vasconcelos?—

Hácame desespearar;

Que es, señora, vuestro igual

Y heredero de Berganza.—

La igualdad y semejanza

No está en que sea principal,

O humilde y pobre el amante;

Sino en la conformidad

Del alma y la voluntad.

Declaráos de aquí adelante,

Don Dionis: á esto os exhorto;

Que en juegos de amor no es cargo

Tan grande un cinco de largo,

Como es un cinco de corto.

Dias há que os preferi

Al Conde de Vasconcelos.

MIRENO.

¿Qué escucho, piadosos cielos!

(Da un grito Mireno, y hace que des-

pierta Doña Magdalena.)

DOÑA MAGDALENA.

¿Ay Jesus! ¿Quién está aquí?